el Papa tenía derechos soberanos sobre las islas de Occidente, y por ello las concedía en feudo, exigía tributos o ejercía sobre ellas en alguna forma derechos soberanos. Prueba muy bien que desde Urbano II los Papas ejercieron repetidas veces, y sin contradicción sistemática de los reyes, su soberanía sobre Sicilia, Cerdeña, Córcega, los

archipiélagos del Tirreno, las Baleares, la Gran Bretaña e Irlanda, etcétera. Aun a las penínsulas de Jutlandia y Escandinavia extendieron su señorío; a la primera por las islas que la rodean y en que estaban las poblaciones de más importancia, a la segunda por la creencia común entonces de que era una isla.

Esta soberanía pontificia sobre las islas —el autor la llama “omni-insular”— ya era conocida por los medievalistas pero no había sido objeto de estudio pormenorizado. En cambio, es novedosa la relación entre ella y las bulas de Alejandro, explicadas hasta ahora como arbitraje, monopolio misionero, confirmación jurídica internacional y más fundamentalmente como donación a título oneroso (encargo misional) justificada por la soberanía pontificia sobre los países infieles. Prueba muy bien el autor que las bulas de Alejandro pueden en parte justificarse por “la doctrina omni-insular”. Ya otro investigador, el sueco Staedler, sostuvo la tesis (que creyó original, por no saber que ya en el siglo XVI la defendieron Dodin y Marta) de que el Papa por estas bulas concedía en feudo las tierras recién descubiertas o por descubrir en el lejano Occidente a los Reyes Católicos. Por desgracia, Weckmann no conoció a tiempo estos artículos para poder con ellos perfeccionar su tesis. Creo, con todo, que tanto las bulas de Alejandro como algunas de sus inmediatos predecesores en favor de Portugal, van algo más allá de lo que permitiría “la doctrina omni-insular”. ¿Cómo explicar, si no, el énfasis con que la segunda *Inter cetera* agrega casi siempre “tierras firmes” a las islas, únicas mencionadas en la primera? Esta segunda *Inter cetera*, como prueba Giménez Fernández, obtenida por la insistencia de Fernando el Católico, poco satisfecho por la primera, debió de ser firmada sólo hasta el 28 de junio, casi dos meses después de la fecha con que apareció. Indicio evidente de que al Rey se debe la añadidura de “tierras firmes” que el Pontífice acabó por admitir. Había, en realidad, precedentes, ya que Nicolás V en la *Romanus Pontifex* de 1455 y Calixto III en la *Inter cetera* de 1456 habían concedido además de islas solitarias, el primero “puertos y mares y providencias”, y el otro “tierras, puertos y lugares”, como puede verse en el cuadro *Rotulus insularum* que trae como apéndice la tesis. Lo que insinúa el autor (p. 241) acerca de que con tales expresiones el Papa concedía sólo establecer puntos de apoyo para el comercio y la navegación, en nada aminora el hecho de que da tales

sitios continentales al igual que “las islas solitarias”. Por tanto los soberanos de entonces le reconocían ciertos derechos soberanos aun sobre tierra firme no poblada, por remota que fuera. Ambito ciertamente mayor que la “omni-insularidad”.

Lo dicho basta para manifestar el mérito e interés de la tesis de Weckmann. La conexión entre su tesis inicial y las letras alejandrinas fué atisbo acertado, pero de última hora. Esto explica por qué la parte relativa a las mismas bulas sea inferior al resto, pues mientras la bibliografía y el estudio de la “doctrina omni-insular” son muy cabales y satisfactorios, los de las bulas, su interpretación e historia, son incompletos e insuficientes. Difícil parece que en ninguna biblioteca de los Estados Unidos se encontrara el artículo de Staedler de 1938, del que ya se habían ocupado varias revistas. Más grave es el desconocimiento de las monografías de Nys, Leturia y otros, necesarios para valorar en todo su alcance las discutidas cartas. No es exacto decir que la opinión común las tiene por laudo arbitral, pues entre especialistas hace mucho que está descartada tal interpretación, escapatoria fácil puesta en boga a fines del siglo pasado. Basta una ojeada a las opiniones reseñadas por Giménez Fernández, ciertamente utilizado por Weckmann, para darse cuenta del arco iris de opiniones defendidas hoy día con más verosimilitud.

No quisiera que estos reparos fueran mengua del meritísimo estudio, digno de los más cordiales elogios. Sirvan para dar a conocerlo en lo que realmente es. Ojalá, también, para que el autor profundice este punto en futura edición. Tal cual aparece esta primera, hubiera sido mejor que llevara por título lo que lleva sólo como subtítulo: “Estudio de la supremacía papal sobre las islas de 1091 a 1493”, al que podría agregarse “y sus ecos en las bulas alejandrinas relativas a los descubrimientos de Colón”.

ALFONSO JUNCO, *Un poeta de casa*. Discurso de recepción en la Academia Mexicana. Respuesta de José Vasconcelos. México, Editorial Jus, 1950.

Sirvieron a Junco de discurso inaugural las páginas remozadas que ya le conocíamos sobre su padre, y fué simpático designio el suyo desviar la atención de su persona para que la fijaran en la persona jovial de don Celedonio, poeta de casa (de la de don Alfonso) y poeta de Casa (de la Academia Mexicana, de que también fué miembro).

El padre, “versificador impecable y eufónico, de estupenda fertilidad y soltura”, presentado por el hijo, y a juzgar por la muestra, que es este mismo, resulta una personalidad humana atractiva con la que uno se encariña, aunque no la conociera. Pero en este caso supera la otra semblanza, la que Vasconcelos traza de don Alfonso. Nunca éste obtuvo mejor retrato.

“El elogio de Alfonso Junco, comienza Vasconcelos, más que deferencia para el colega, obligación de la amistad y el afecto, es para mí deuda de admiración hacia un alma en que se juntan el poeta sublime, el escritor valiente y probo, el ciudadano digno e insobornable. Tres calidades excelsas que pocas veces se dan con igual proporción y armonía en naturaleza tan confusa como la del hombre.

“Los tres aspectos de nuestro personaje interesan a la Academia porque cada uno de ellos ha motivado producción escrita de parte de nuestro colega, y merecen también la atención de la patria entera, porque en Junco la literatura no es vestimenta sino resplandor de una conducta animada por la convicción, iluminada por el ingenio, enriquecida con la cordialidad.”

Con gusto seguiría transcribiendo. Porque este exiguo volumencillo de 44 páginas causa un placer singular: el de esta conjunción de hombres tan estimados por capítulos diferentes: Vasconcelos, bloque de sinceridad arrancado de una cantera que se va agotando; Junco, uno de los hombres más humanos que conozco, hablando tan sabrosa y devotamente de su padre, y hasta la figura evocada de don Ezequiel A. Chávez, tan venerable. Tanta comprensión mutua, elogios tan distantes de los elogios oficiales y más de aquellos que con frecuencia pueden rotularse: “el asno lame al asno”, honran al dador y al datario y honran, de refilón, a toda la especie que tan eximios ejemplares logra educir de vez en cuando.

SALVADOR PINEDA, *El signo de la Universidad (Esbozo de revisión orgánica)*. México, 1950.

Salvador Pineda dedica un ensayo muy bien pensado, *El signo de la Universidad*, a la historia de estos últimos años y a las orientaciones de la Universidad Nacional.

Muchos enemigos ha tenido y tiene la Universidad. Merecía, por eso, que uno de sus hijos la enjuiciara con apasionamiento, pero con verdad. Una cuestión es indudable, con todos los errores reales o supuestos: la Universidad Nacional ha dado al país hombres ilustres.

Colección de Escritores Mexicanos

TOMOS PUBLICADOS:

1. Sor Juana Inés de la Cruz. Poesías líricas, \$ 6.00.
2. Carlos de Sigüenza y Góngora. Obras históricas, \$ 6.00.
3. Ignacio Manuel Altamirano. Clemencia, \$ 6.00.
4. José Fernando Ramírez. Vida de Fray Toribio de Motolinía, \$ 6.00.
5. Manuel José Othón. Poemas Rústicos. Últimos poemas, \$ 6.00.
6. Rafael Delgado. Los parientes ricos, \$ 6.00.
- 7-10. Francisco Javier Clavigero. Historia Antigua de México, \$ 24.00.
11. José López Portillo y Rojas. La Parcela, \$ 6.00.
12. Salvador Díaz Mirón. Poesías Completas, \$ 6.00.
- 13-17. Manuel Payno. Los Bandidos de Río Frío, \$ 30.00.
- 18-19. Vicente Riva Palacio. Monja, casada, virgen y mártir, \$ 12.00.
- 20-21. Vicente Riva Palacio. Martín Garatuza, \$ 12.00.
- 22-23. Alfonso Reyes: Simpatías y Diferencias, \$ 12.00.
24. Carlos González Peña. La Chiquilla, \$ 6.00.
- 25-26. Vicente Riva Palacio. Los piratas del Golfo, \$ 12.00.
27. Luis G. Urbina. La vida literaria de México, \$ 6.00.
- 28-29. Luis G. Urbina. Poesías Completas, \$ 12.00.
- 30-32. Antonio de Robles. Diario de Sucesos Notables (1665-1703), \$ 18.00.
- 33-34. Vicente Riva Palacio. Memorias de un impostor: Don Guillén de Lampart, Rey de México, \$ 12.00.
35. Luis G. Urbina. Cuentos vividos y crónicas soñadas, \$ 6.00.
36. Justo Sierra. Cuentos románticos, \$ 6.00.
- 37-38. Servando Teresa de Mier. Memorias, \$ 12.00.
39. José T. Cuéllar. Ensalada de pollos y Baile y cochino, \$ 6.00.
40. E. González Martínez. Preludios, Lirismos, Silénter, Los senderos ocultos, \$ 6.00.
- 41-44. J. García Icazbalceta. Don Fray Juan de Zumárraga, \$ 24.00.
45. José T. Cuéllar. Historia de Chicho el Níño y La Noche Buena, \$ 6.00.
- 46-48. José María Roa Bárcena. Recuerdos de la Invasión Norteamericana (1846-1848), \$ 18.00.
49. Rafael Delgado. Angelina, \$ 6.00.
- 50-51. Emilio Rabasa. La Bola y La Gran Ciencia. El Cuarto Poder y Moneada Falsa, \$ 12.00.
- 52-54. Ignacio M. Altamirano. La Literatura Nacional. Cada tomo, \$ 6.00.
55. Manuel Acuña. Obras Completas, \$ 6.00.
- 56-58. José Joaquín Fernández de Lizardi. El Periquillo Sarniento. 3 tomos, \$ 18.00.
- 59-61. José María Luis Mora. México y sus revoluciones. 3 tomos, \$ 18.00.
62. Pedro Castera. Carmen. Novela. Memorias de un corazón. México, 1950. \$ 6.00

Editorial Porrúa, S. A.

Esq. Av. Argentina y Justo Sierra.
Apartado Postal 7990.
México, D. F.

Esta contribución a la cultura de México no ha sido estéril ni vana.

Salvador Pineda analiza en un esquema la trayectoria de esta institución, a partir de Justo Sierra. Las vicisitudes porque la Universidad ha pasado pudieron originar su muerte. Es de sabios reconocer que fué la juventud la que defendió su estabilidad y permanencia como entidad social de gran importancia capital. Presenciamos lo que Pineda recuerda: el movimiento estudiantil de 1929, cuando se conquistó la autonomía universitaria.

Muchos rectores, algunos de relevantes méritos, ha tenido la Universidad. Ninguno ha podido dar satisfacción completa a la autonomía, que nació con pobreza y vive con pobreza. El Estado debe proveerla de los elementos económicos indispensables para que pueda subsistir con decoro, por ser institución social y de cultura que beneficia a la nación.

El ensayista está de acuerdo con los tres fines del anteproyecto que sirvió de fundamento a la ley actual: impartir educación superior, organizar la educación científica y formar profesionales y técnicos útiles a la sociedad. La crítica más dura que se hizo a la Universidad que funcionaba durante el régimen de Díaz y también más tarde, fué que estaba lejos del pueblo de México y formaba sólo *covachuelistas*, o profesionales distantes del mundo real de los mexicanos. Hoy no tiene razón de ser aquella crítica, si bien la institución debe abandonar algunos métodos en su funcionamiento y actuar francamente en esa tendencia que señala Pineda: en la dignificación del hombre. Naturalmente que del hombre de México.

Se lamenta el autor de este ensayo de que no haya maestros al modo de un Ignacio Ramírez o de un Justo Sierra. No creo que tenga en esto toda la razón: no han sido sólo los Barredas o los Vasconcelos quienes dieron, en un instante de la historia, el impulso grandilocuente y generoso: fueron ellos y los humildes, los mismos estudiantes, cuya inteligencia y virilidad alentó los grandes ideales. El mismo autor de este ensayo es prueba de esa juventud que, con hombría, defendió el decoro de la cultura superior universitaria, con hombres que están trabajando con fe en los destinos del país.

El ensayo *El signo de la Universidad* vale por sus afirmaciones y por su razonada e inteligente defensa. Las buenas causas se defienden así: con robustas esperanzas y no olvidando que es la patria la que debe medir a los hombres y a

las instituciones.—EFRÉN NÚÑEZ MATA.

EDUARDO PALLARES, *El procedimiento inquisitorial*. México, Imprenta Universitaria.

El tema, pese a lo copioso de su bibliografía, no puede considerarse agotado ni la propia bibliografía exhaustiva. De aquí que este nuevo libro dedicado al análisis y la crítica de una institución como la inquisitorial, ofrezca interés.

Dos son las razones fundamentales, según el autor, que lo han movido a escribir una obra de tal naturaleza "amén del instinto ciego que impulsa a todo escritor en este o en aquel sentido": una, la de examinar "la naturaleza jurídica del procedimiento inquisitorial", con fines comparativos en relación con las instituciones de tipo liberal que en materia de justicia penal rigen actualmente en la generalidad de las naciones civilizadas. La otra, la actitud de ciertos escritores mexicanos "de derecha", quienes, habilidosamente, han querido glorificar a la Inquisición y lo que ellos, con maña, llaman sus "humanitarios procedimientos".

Con innecesaria humildad, Eduardo Pallares confiesa no ser historiador, aunque luego demuestre su capacidad para opinar sobre cuestiones que afectan, directamente, a las disciplinas históricas. Su selección de los documentos consultados para escribir su libro en el Archivo General de la Nación, escapa de lo meramente jurídico, para encasillarse en lo objetivamente histórico. Es ella una compilación, que aparece como apéndice en su obra, en la que se hacen figurar las instrucciones que rigieron los actos de la Inquisición, en la Nueva España, así como el modo de proceder del mismo organismo.

So pena de prolongar esta nota citaré, aunque no sea sino a vuelapluma, algunos de estos instructivos encabezados, como era de rigor, por Fray Tomás de Torquemada.

"En caso de que alguna persona sea testificada del delito de la heregía, si la testificación no fuere bastante para prisión, el testificado no sea llamado ni examinado, ni se haga con él diligencia alguna. Porque se sabe por experiencia que no ha de confesar que es herege estando suelto y en su libertad; y semejantes exámenes sirven más de avisar los testificados que de otro buen efecto: y así conviene más aguardar que sobrevenga nueva provanza o nuevos indicios.

"Si los Inquisidores fueren conformes en la prisión, manden la

hazer como lo tuvieren acordado..."

O esto otro: "Preso el reo, el alguazil le pondrá a tal recaudo que ninguna persona le pueda ver ni hablar ni dar aviso por escrito ni por palabra..."

Y otro más: "El tercero remedio es el tormento, el cual por la diversidad de las fuerzas corporales y ánimos de los hombres los derechos los reputan por frágil y peligroso y en que no se pueda dar regla cierta, más de que se debe remitir a la consciencia y arbitrio de los jueces regulados según derecho, razón y buena consciencia."

Los instructivos son reveladores, y no por juzgada ya la Inquisición, dejan de ser inquietantes estos documentos seleccionados por Pallares.

Sin embargo, aparte de su valor histórico y del aspecto jurídico del procedimiento inquisitorial en el que el autor corrobora su prestigio como penalista, es de igual importancia su postura polémica contra Alfonso Junco y su libro *Inquisición sobre la Inquisición*, quien con "maña y cautela" ha querido presentar tan condenable institución idealizándola, ocultando sus muchos rincones oscuros y deformando, casi siempre, la realidad histórica. Junco se ha afanado por

demostrar que los procedimientos inquisitoriales "no eran crueles ni injustos".

Empero, "hay otro escritor muy acreditado y leído en México, sobre todo por la burguesía católica, que no sólo excusa y trata de crear atmósfera favorable a la Inquisición, sino que francamente la defiende y ve en ella un baluarte de la moral cristiana y de las buenas costumbres, en forma tal, que es fácil adivinar sus deseos en el sentido de que, de ser posible, pediría el restablecimiento del odioso y odiado tribunal en la República Mexicana".

Este escritor es el padre Cuevas, cuya *Historia de la Iglesia en México* constituye el evangelio para ese sector de la sociedad mexicana a que Pallares alude.

En el tomo segundo de tal *Historia*, se lee para justificar a la Inquisición: "Todas nuestras clases sociales tenían necesidad de un freno eficaz que contuviese en materia de fe y costumbres, a esa turbamulta de gente innoble ya descrita, que aquí como en el resto del mundo sólo por medio del rigor anda a derechas o por lo menos no corrompe a las demás."

Así, según el padre Cuevas, nace la necesidad de la Inquisición: misma necesidad que obliga, a Francisco Franco, el dictador fascista, a resucitarla. Pero ¿cuál es en verdad el significado de este acto de la tiranía franquista? Pallares lo caracteriza: "El acto del Generalísimo es un desafío audaz a los principios liberales que parecían haber triunfado definitivamente en la conciencia humana." No se olvide que en el minuto preciso en que el dictador español decretaba la intolerancia religiosa, excepto España todas las naciones del mundo firmaban esta Declaración Universal de los Derechos del Hombre: "Toda persona tiene derecho de libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; ese derecho incluye la libertad de cambiar de religión y de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia individual y colectivamente, en público como en privado, por la enseñanza, el culto y la observancia."

En esta proyección inquisitorial, que en el tiempo y en el espacio confronta la humanidad contemporánea, halla su razón de ser esta gran obra de Eduardo Pallares que rompe una lanza más, por cierto con gallardía, contra aquellos que intentan resucitar las fuerzas más oscuras, más innobles y más regresivas del mundo de hoy.—JOSÉ MANCISIDOR.

CLASICOS Y MODERNOS CREACION Y CRITICA LITERARIA

VOLUMENES PUBLICADOS

1

LITERATURA ESPAÑOLA SIGLO XX (Segunda edición). Por Pedro Salinas, \$ 12.50.

2

PAISAJES Y LEYENDAS, TRADUCIDAS Y COSTUMBRES DE MEXICO (Segunda serie). Por Ignacio M. Altamirano, \$ 12.50.

3

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Primera parte). Por José Luis Martínez, \$ 15.00.

4

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Segunda parte). Guías bibliográficas. Por José Luis Martínez, \$ 10.00.

5

LITERATURA ESPAÑOLA. Hasta fines del Siglo XV. Por Agustín Millares Carlo, \$ 17.50.

DE VENTA EN LA

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esq. Guatemala y Argentina
México, D. F.

Solicite nuestro Boletín
Mensual "AVISOS"